



REVISTA DEL ÁREA DE CIENCIAS SOCIALES DEL CIFYH

ISSN 2618-4281 / Nº 4 - Año 2019 / revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/

#ENSAYANDO

Bloody Sunday Fight

Mgtr. Nahuel Blázquez

nahuelblazquez@gmail.com

Universidade Federal do Rio de Janeiro

PPGAS – Museo Nacional

Río de Janeiro – Brasil

CORRECCIÓN LITERARIA

Victoria Pedraza

Recibido: 21 de abril de 2019 / Aprobado para publicación: 24 de junio de 2019



Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Bloody Sunday Fight

Son las dos de la tarde en la Paz y el sol de enero quema. Sobre el horizonte el cerro Illimani destella sus inmaculadas laderas nevadas. La plaza San Francisco se encuentra detonada de gente. Busco algo de sombra y me siento en las escalinatas de la iglesia construida en el siglo XVIII. Un hombre se acerca intentando vender un fósil de no sé qué año, allá viene una mujer y coloca en mis manos una gelatina con crema chantilly, de inmediato aparecen tres guías del *Free Walking Tour* ofreciendo un paseo por la ciudad, atrás dos hombres me preguntan si quiero tallar mi cara en la cáscara de una sandía- No. Gracias. Me levanto y sigo.

Difícilmente encontremos en esta ciudad una calle o un pasaje que no sea empinado. Subo a mano derecha, intento salir de la muchedumbre, agarró la calle Sagárnaga y me pierdo entre más gente. Me quedo sin aire y flaqueo. ¿Alguien consigue caminar en La Paz sin cansarse? Casas de cambio, galerías de suvenires, sweaters de alpaca de los colores aún no inventados, hostels, restaurants, bares de copas y empresas de turismo. Muchas empresas de turismo. Cuento seis, siete, ocho y hasta diez por cuadra.

Extreme tourism for everyone. Cinco días en el Madidi, parte de la Amazonía boliviana, es un poco lejos. *The road of the death* en bicicleta, desde los 4650 msnm sobre cumbres nevadas hasta la selva tropical de La Paz por la carretera oficialmente declarada en 1995 como la más peligrosa del mundo, lo rechazo de pleno. Para subir al Huayna Potosí o al cerro Illimani hace falta ropa deportiva o en su caso plata para alquilarla. Descartado. Todo lo que observo no hace más que recordar el pésimo estado físico que cargo y que posiblemente nada de lo que encuentre este hecho a mi medida. Sin embargo, un cartel muestra cinco luchadoras con resplandecientes polleras de colores y leo: *bloodySundayfight. Lucha libre de cholitas.*

Una guía de turismo, casi que llevándome de la mano, convida a pasar a una oficina y allí me encuentro con dos conocidos argentinos. Nos avisan que la lucha libre de cholitas está por comenzar en la ciudad de El Alto.

-Por aquí - señala el colectivo un hombre negro de Texas, con un castellano pésimo - *hurry up please!*

Al subir cuento casi 20 personas. Ninguno parece paceño, mucho menos boliviano. El colectivo delata sus años en cada subida. Salir de la olla (tal como le llaman a la capital andina de este país) y llegar a la ciudad de El Alto duraría unos buenos minutos. Me arrimo a unas butacas cercanas para conversar y preguntar por la lucha libre.

–Voy porque me voy a reír –comenta un hombre de Madrid – creo que me voy a divertir. Esto de las cholitas me hace mucha ilusión.

Junto a este español se sienta un alemán y una chica inglesa. Como pueden se las ingenian para hilar algunas palabras y hacerse entender.

–Nos enteramos de las cholitas luchadoras y ahora que hicimos un viaje para acá decidimos verlas– afirma el hombre. Nunca antes he visto algo como esto. *It's amazing, it's wonderful.*

– No podemos perdérnoslas–completa su compañera.

Dos bultos los acompañan. Cannon y Nikon. Más allá un señor escucha atento la charla e interrumpe–Esto es bizarro, o ¿me van a decir que no?

Mara, la guía de turismo que nos acompaña, camina por el pasillo, pide permiso y comienza con un inglés bien latino. Pregunta si todos tenemos nuestros *Tickets de Cholitas Wrestling*. Enseguida señala en alto uno de esos papelitos de colores aclarando que son tres partes: –El de éste lado lo entregan en boletería y les cobran, el del medio es para ustedes, y el de la izquierda es para canjear popcorn, Coca-Cola y suvenir; lapiceras, cholitas pequeñas, llaveros. Artesanías. Ah! no se olviden, éstas son dos entradas para el baño.

Mi compañera argentina, que está en otra fila, sonrío y dice: FESTI-CHOLA.

Tres jujeños que viajan al fondo se ríen. Uno de ellos mira la foto de las luchadoras y exclama: ¡A mí no me jodan! éste es un macho, mirá la cara que tiene. Mirá los bigotes. Yo a esto ya lo vi por la tele.

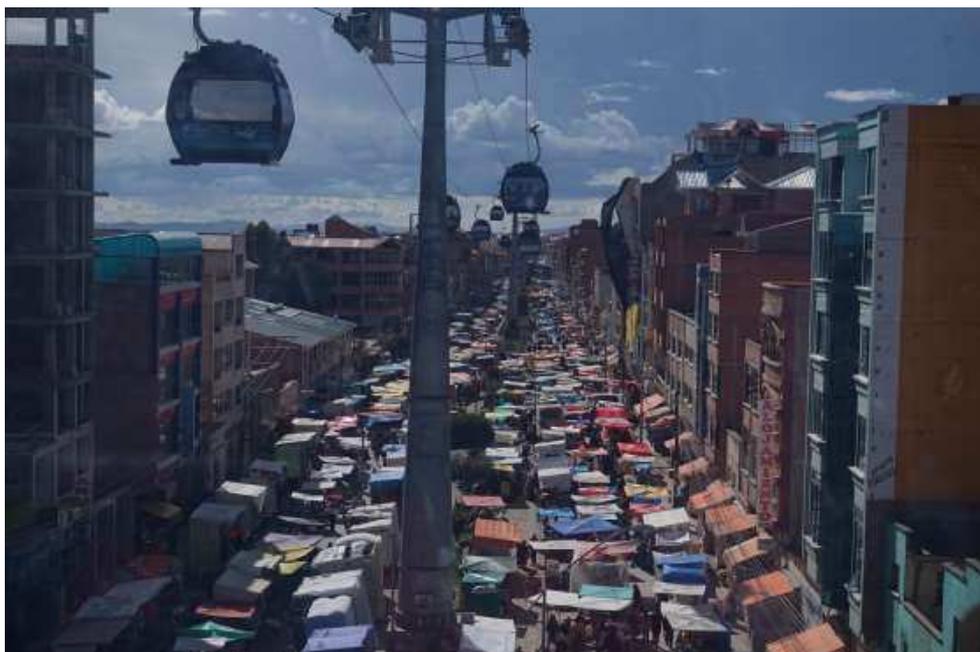
El colectivo hace una parada en el camino y de pronto suben cinco cuerpos rubios de ojos bien claros. La guía de turismo agarra nuevamente su micrófono e introduce que sería bueno que todas las personas extranjeras del colectivo supiéramos algo de la “cultura chola”, de su historia colonial y del inicio de las mujeres en la lucha libre andina. Pero ¿qué es ser chola?

Para la socio-historiadora Silvia Rivera Cusicanqui (2015) hay un nexo sustancial entre imagen y poder, en tanto y en cuanto, el mercado, la Nación y la

cercanía con la mujer española del siglo XVII construyeron la figura de la chola alrededor de símbolos comunes como emblema dominante de etnicidad boliviana. Existe en cada chola el placer de vestir de chola. Es por ello –comenta – que para desandar la mirada, no hay otro camino que romper las formas iconográficas hegemónicas.

* * *

En El Alto no hay nada que esté quietecito. Más de un millón de personas habitan la ciudad. Los jueves y particularmente los domingos, la feria más grande de Latinoamérica se estremece con el bullicio de gente. Por semana cerca de 160 millones de pesos Bolivianos circulan en una economía de organizaciones que rebasan las cuadras de comercio autorizadas, mientras que los 4000 msnm proyectan a la ciudad vecina de La Paz tan diminuta como una maqueta. Los teleféricos Azul, Amarillo, Rojo y Morado marcan en el cielo una constelación de cables que cargan y descargan lo que abajo, las movilidades de autos, no consiguen a tiempo. Allí, desde el conocido barrio de La ceja se observa cómo las casitas que se abrazan a los cerros apenas se sostienen con la fragilidad e incertidumbre de un territorio que no para de moverse.



Al llegar al lugar del combate, avanzamos por un pasillo largo mientras escuchamos el farfuleo de presentaciones del locutor. En la entrada, nos reciben dos luchadoras de polleras y sombreros bombín coquetamente ladeados. Entrego el *Ticket de Cholitas Wrestling* esperando pagar.

–Son 15 bolivianos– me indica. Su compañera extrañada la observa y bien por lo bajo susurra–este es gringo, paga 30. Al segundo aparece un hombre fortachón y con cara de “acá mando yo” pone todo el asunto en su lugar–Él paga 100. Quiere hacer entrevistas.

Hombres empresarios y multiplicadores de lo ajeno: un arquetipo político que desde hace casi 20 años arroja ganancias. Aún se recuerda, en la boca de todos los memoriosos, la primera pelea. Tras un año de entrenamiento, en octubre de 2003 las cholitas luchadoras saltaron al ring. Juan Mamanio “El Gitano”, ya achacado por los años se atribuye toda la proeza.

–Yo las inventé. Las cholitas luchadoras son un producto mío.

Ya dentro del popular Multifuncional, en un escenario que a veces funciona como cancha de básquet y otras tantas como arena de contrincantes nos ambientamos en nuestros asientos. Ahí, bien cerca del cuadrilátero, tres hileras de sillas rodean la zona caliente de golpes. Al parecer estos espacios son sólo para gringos. La cercanía focal promete fotografías es-pec-ta-cu-la-res. Más allá, en la parte frontal del ring hay una platea con tarimas de concreto destinadas el público local. Y al fondo de todo los camarines. La guía de turismo reúne a todo el rebaño excitado por disparar sus cámaras fotográficas señalando el stand de su agencia de viajes para que busquemos lo prometido: *popcorn*, Coca-Cola y los souvenirs de cholitas.



Icono-grafía de importante peso nacional, las *Cholitas luchadoras* se abren paso por la industria cultural. Durante el primer gobierno de Evo Morales salieron en todos los *Comic Shop* del país la Súper Cholita en formato comics. Películas como *Cholita Libre* (Jana Richter y Rike Holtz, 2010) y *Mamachas del Ring* (Betty M. Park, 2011) hablan de esto un poco. Otro poco lo explican desfiles de modelaje a cargo de la alcaldía municipal de La Paz con el propósito de revalorizar la identidad “chola” y videos clips de simpáticos muchachitos de folk/rock.¹ También lo hacen las grandes empresas publicitarias internacionales que ponen a mujeres de polleras en plena lucha para definir con retórica rimbombante un consumo mercantil.² Pero los imaginarios nacionales no sólo toman forma en las grandes pantallas o pasarelas, hay toda una patrimonialización de las prácticas andinas y una nacionalización de la “cultura chola” que encontró resonancia en una ley municipal al reconocer a la “Chola Paceña” como patrimonio cultural intangible de la ciudad. Datos estos claves, en tiempos de multiculturalismo neo-liberal, que permiten entender la re-definición constante de un Estado que se afirma plurinacional.

* * *

¹ Ver Milky Chance “Firebird”: https://www.youtube.com/watch?v=Y9qZ_hMhQc0.

²Véase el spot de jamones españoles en : <https://www.youtube.com/watch?v=e4phtPjviR0>

Como es costumbre en las peleas de lucha libre de El Alto, el árbitro tiene una figura tan crucial como histriónica. Viste pantalones claros y zapatos oscuros. Usa camisa clásica: rayas negras y blancas. Aunque no es su vestuario lo que lo hace estridente, sino su actuación de alto voltaje. Apenas asoma a través de las cortinas y pone su piecito en la alfombra de terciopelo roja que parece hecha a su medida, levanta los brazos y se regala en cruz. Los parlantes revientan. El *glow* está en el aire. 400 almas embriagadas saltan, gimen y rugen en sus butacas, levantan sus puños porque con él el show comienza, porque él es Mr. Lovy.

Fiesta, fiesta, pluma, pluma gay,
Pluma, pluma gay,
Pluma, pluma, pluma gay.
Fiesta, fiesta, pluma, pluma gay,
Pluma, pluma gay, Pluma, pluma, pluma gay.

Camina unos metros por la pasarela, amaga subir al ring, y como quien esquivaba un *crossa* la quijada se tira en los brazos de un apuesto turista de primera fila que a las fuerzas se sujeta en su asiento. Mr. Lovy es irresistible. Lo abraza, lo chuponea, le baila y con su pomposa cola le sacude todo el mutismo de su presencia. *I loveyouboy, I loveyouprettyboy*. Ya al ras de la lona corre excitado de esquina a esquina, regala besos, frota su cuerpo por las cuerdas del cuadrilátero mientras menea para cada una de las cámaras que le apuntan.



Es la hora de ellas. Cerca de las cinco de la tarde una mujer joven con unas piernas brillosas y tonificadas y muy poca ropa ajustada al cuerpo anuncia la pelea Nº 1. El locutor se desespera y anuncia a los gritos a Lupita la Rompe Corazones y acto seguido a Sonia. La primera se presenta al público al ritmo de la danza caporales, la segunda agita su pollera anaranjada con una morenada. Cada una seduce a un sector del público. Lupita saca a bailar a un turista de primera fila mientras Sonia posa frente a todos los flashes que la asechan.



El color de sus vestimentas rechinan entre los gritos de las tribunas. Polleras largas cubren sus cuerpos, la alforza o basta son los pliegues que llevan bordados. Más tienen, mayor prestigio cargan. Las mancanchas se usan debajo de las polleras, algunas usan tres, cuatro, cinco o hasta seis permitiendo que éstas se levanten y que el aspecto se torne más voluminoso. El peso en los cuerpos y la agilidad de los movimientos explican el asunto. Otra característica de las cholitas es la manta repleta de decoraciones tejidas a mano que caen de sus hombros junto a su cabello recogido con trenzas negras y muy largas. Pero sin lugar a duda la pieza más preciada es el sombrero Borsalino italiano. Estos llegan a costar hasta 700 y 800 dólares. Los colores también distinguen las franjas etarias: los llamativos van para las más jóvenes y los sobrios para la experiencia.

Al subir al ring cada una toma un lado y busca el aliento de los plateistas. Paradas arriba de las cuerdas de las esquinas, estiran sus cuerpos de no más de 1,60 de altura, posan en alto y regalan con mueca de venganza un pedazo de cielo a cada parte del público. Allí, bien abajo, en un rinconcito, Lupita y Sonia dejan sus aretes, mantas, sombreros y todos sus relucientes brillos. El árbitro controla que no haya elementos punzantes.



–Para vos chiquita y flaca no vale nada. Para vos vale todo – indica Mr. Lovy a las contrincantes. Suena la campana y comienza el combate.

En el medio de todo ellas se agarran en alto de las manos un poco con rudeza otro poco con técnica. Con miradas electrizantes analizan las posibles maniobras. Lupita la Rompe Corazones en un movimiento despiadado pisa con su talón los pequeños dedos de Sonia y la derriba al suelo. Lupita corre velozmente, sus manos regordetas agarran las cuerdas, toma envión y con un gran movimiento deja caer el plomo de su cuerpo sobre la figura de su oponente. En un signo de vitalidad inexplicable Sonia se levanta, el público estremece dejando sin aire los pulmones, pero la ilusión de un contragolpe se hace añicos. Ahora es Mr. Lovy el que sujeta por las trenzas a Sonia, permitiendo una lluvia de golpes, patadas, golpes sobre la casi abatida luchadora. Los espectadores luego de unos minutos incrédulos ante la injusticia de los hechos gritan furiosos. Ya no hay qué hacer, La

rompe Corazones, ahora, romperé todo. Se sube a una esquina, atléticamente escala la primera, segunda y tercera soga. Posa en el aire para todas las cámaras y *Bloomm*. Golpe de K.O.



La segunda pelea tiene otro peso. Es el turno de Juanita la cariñosa y La Pequeña Consuelo. Esta vez el combate adquiere otra dimensión; apenas se pelea dentro del ring. Juanita ya cansada de todas las artimañas y astucias de las luchadoras rudas, agarra del cuello al árbitro, aplicándole la mejor arma de su arsenal. El golpe rompe-mandíbulas lo deja prácticamente inconsciente. Inmediatamente sacude un puñetazo y derriba a La Pequeña. Ya son muchas más las almas embriagadas que saltan, gimen y rugen en sus butacas. No hay dudas, los espectadores lo saben, las técnicas son mejores luchadoras.



Pero la pelea no termina ahí. Inconforme con el rumbo de las cosas, Juanita saca a los pechazos a su contrincante del cuadrilátero. Con una llave le traba sus manos por la espalda y en claro acto de desprecio la pasea en frente de la platea del público local. Una mujer agarra su vaso de Coca-Cola y se lo desparrama de arriba a abajo mientras que otra acaba sus salchipapas en la cabeza. Los corazones estallan, aumentan las pulsaciones cardíacas por minutos. Juanita agita los brazos, pide palmas, se muestra insaciable. Levanta del piso a La Pequeña Consuelo y la arroja por encima de las vallas donde nos encontramos los gringos. La fotografía es inmejorable.

-¿Qué me apuntas con la cámara?- grita desquiciada Juanita la Cariñosa a un hombre bien rubio.

De inmediato, Juanita lo levanta por los aires y le roba un beso en el centro de su omnipotencia. El turista cae desplomado en su silla mientras la pareja que lo acompaña abandona el show con la marca de la vergüenza.



No es un deporte mal jugado, la Lucha de Cholitas es un espectáculo. No buscan golpearse aunque de hecho se golpean. Las mujeres y hombres de estos shows entrenan tres veces por semana. Aunque al público poco le importa lo que pasa detrás de las bambalinas.

-Una de las cosas que percibí es que a diferencia de otros shows de lucha libre, las mujeres de pollera casi no usan máscaras – dije a una luchadora.

-Bueno hay pero son las menos. Yo no me siento bien encerrada, digamos... yo no quiero que mi identidad este tapada. Yo más quisiera que mi imagen salga,

que toda la gente me vea. Me gusta que en la calle me vean y “¡Ay! Ahí va la Pequeña Consuelo”. Ya todos me conocen.

El mundo de la lucha libre es excesivo, todo está hecho de excesos. Allí la realidad se hincha, se deforma y espectaculariza adquiriendo una textura de glitterina que le permite al espectador regodearse con cada golpe, acción y pirueta prescindiendo del resultado final de la pelea. Una cholita puede estar siendo surrada durante 15 minutos con una defensa igual a la de un colador sin frenar un sólo golpe y de pronto con una genialidad técnica o una hazaña despiadada llevarse todos los laureles. Allí está la gracia. No hay tragedia sin comedia.

–A mí me gusta – explica Lupita – cuando la gente me odia. Eso significa que estoy haciendo bien mi papel. Me voy a sentir bien. A veces hago de ruda y otras de técnica. Somos rivales. Claro que quiero que todos me amen, me quieran y me apoyen. Las rudas en general somos más fuertes, tramposas, nos hacemos ayudar por los árbitros (risas), pero también las técnicas son más ágiles. Nos gusta que la gente se divierta.



También esta representación – siempre guionada – suele ser grotesca. Aunque los golpes técnicos son aplaudidos y los rudos dan gracia, lo que desenfrena la pasión de las y los aficionados es el paroxismo de una lucha tan teatralizada como desmesurada. Un árbitro canalla o sin ganas de trabajar, un

cuerpo caído que no quiere levantarse. “Se comprende – afirma Roland Barthes – que a esta altura, no importa que la pasión sea auténtica o no. Lo que el público reclama es la imagen de la pasión, no la pasión misma”. Quien quiera racionalidad y certezas que huya al boxeo.





Sobre el autor

NAHUEL BLÁZQUEZ es abogado por la Universidad Nacional de Córdoba. Realiza sus estudios de pos-grado en el Museu Nacional de la Universidade Federal de Rio de Janeiro. Es escritor, cronista y educador popular. Su investigación actual versa sobre intervenciones universitarias en prisiones de la provincia de Córdoba.